

JOAN COROMINES Y LA MEMORIA ETIMOLÓGICA

Presentación

Podría caberme la sospecha de que al hablar del maestro y amigo inolvidable que fue Joan Coromines, el cariño me llevara a convertir esta participación en una acumulación de ditirambos, hilvanados con mejor o peor fortuna. Pero la absoluta certeza, compartida con un gran número de lingüistas, de que la persona a quien se dirige este homenaje ha sido uno de los romanistas más importantes de nuestro siglo, me proporciona la seguridad de que para realzar sus valores científicos no necesito acudir a la exageración. Me preocupa, sin embargo, no haber sido capaz de cumplir la voluntad del maestro desaparecido, opuesto a que se le hiciera cualquier tipo de homenaje; aunque renunciar a participar en éste podría tomarse como una gravísima falta de agradecimiento hacia quien más decididamente —¡y con cuánta generosidad!— ha orientado mi andadura por los caminos de la lingüística.

La novedad de la obra de Coromines

Diez años antes de que apareciera el *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* (DCEC), había publicado Rodrigo de Sá Nogueira un amplio artículo titulado «Crítica etimológica» (*Boletim de Filologia* de Lisboa, 8, 1946, p. 12 y 13 de la separata), en el que se refería a los siguientes materiales con que se contaba para la etimología de la lengua castellana: el diccionario académico, la *Contribución* de V. García de Diego («que tem o defeito de só tratar de algumas centenas de vocábulos»), el *Tesoro* de Covarrubias, el *Manual de gramática histórica* de R. Menéndez-Pidal y sus *Orígenes* («que, si tivesse um Glossário das palavras tratadas no texto, seria uma fonte inestimável de consulta») y, finalmente, los veinticuatro volúmenes que habían salido de la *Revista de Filología Española*. En ese momento, a pesar de los trabajos fundamentales de Don Ramón y de sus discípulos, resultaba inesperable un diccionario como el que logró escribir J. Coromines, pues no podía partir de unas condiciones mínimas lexicográficas como las que el propio Sá Nogueira mostraba —y lo veía muy por encima— para el francés: el *Dictionnaire étymologique de la langue française* de O. Bloch (de 1932); el *Dictionnaire général de la langue française* de Hatzfeld, Darmesteter y Thomas (de 1926 en su octava edición); el propio *Dictionnaire de la langue française* de Littré (de 1883), cuyos materiales no se pueden comparar, por ejemplo, con los del *Diccionario de Autoridades* o el de Pagés; el *Etymologisches Wörterbuch der Französischen Sprache*, de Gamillscheg (de 1928); los diez volúmenes de que consta el *Dictionnaire de l'ancienne Langue Française et de tous ses dialectes du IX^e au XV^e siècle*, de F. Godefroy (1937-1938); el Dic-

tionnaire de la Langue Française du seizième siècle, de E. Huguet (1925-1935, del que Sá Nogueira conocía los dos primeros volúmenes y los tres primeros fascículos del tercero); el *Altfranzösisches Wörterbuch*, de Tobler-Lommatzsch. Aparte de los diccionarios de Clédat, Dauzat e incluso el anticuado de Brachet.

Al no existir en el ámbito del castellano unos repertorios lexicográficos como estos, la publicación del *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* (DCEC) en 1954 tuvo que resultar una enorme sorpresa, de forma que se explica una valoración tan elogiosa como la que hace de él J. Terlingen, de cuyo libro sobre los italianismos en español el sabio etimólogo catalán había publicado una reseña muy dura:

La aparición de este inmenso caudal lexicográfico-etimológico, en los años 1954-1957, es, sin duda, el hecho más importante que se ha verificado desde entonces en el terreno de la investigación científica que ahora nos ocupa (*Italianismos*, ELH, 2, 1967, p. 265).

Caudal etimológico que se agranda con su ampliación a las lenguas peninsulares, con el *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, con el *Diccionari etimològic i complementari de la llengua catalana* y con el *Onomasticon Cataloniae*, aparte de algunos libros más y artículos referentes al estudio histórico del léxico.

Antes de que los filólogos contásemos con estas obras básicas para la etimología hispánica, cuando una persona trataba de estudiar la lengua de un escritor, como D. Antonio Sánchez Moguel hizo con la de santa Teresa, disponía del único apoyo del *Diccionario* de la Real Academia Española; pero lo cierto es que éste no permitía —ni permite— ir demasiado lejos en la valoración de las formas problemáticas, como *relisión*, *ilesia*, *colesiales* y tantas otras con que se topó el profesor madrileño, pues tomando el diccionario académico como piedra de toque para interpretar la realidad de la lengua del pasado, ésta se nos presenta como un ramillete de discordancias frente a la actual, lo que conduce inevitablemente a interpretar esas voces por la relación que mantienen con nuestros propios usos. Había que tener la intuición de Dámaso Alonso o de Margherita Morreale para dar cima, en condiciones harto difíciles, a obras de tanto aliento en el campo de la historia de nuestro léxico como las que dedicaron, respectivamente, a la lengua de Góngora o a la de la traducción que Boscán hizo del *Cortesano* de Castiglione.

Si hoy somos capaces de no pasar como sobre ascuas por la mayor parte de nuestros textos antiguos, ello se debe en gran medida a las condiciones de estudio del pasado de nuestra lengua que han surgido con la publicación del DCEC. Mi experiencia es, a este respecto, reveladora: hace casi treinta años que terminé una tesis doctoral en que estudiaba la lengua de la traducción que el marqués de Villena había hecho de la *Divina Commedia*, en 1428; transcrito el texto, ¿qué hacer con las palabras con que me topaba en aquella traducción, empujando por las primeras: «en la mitad del camino de mi vida me encontré en una selva o espesura de árboles»? No sabía yo si existían tales voces en textos anteriores o coetáneos al que estaba estudiando, ni tenía tampoco motivos para entender el porqué de la doble elección de *selva* y *espesura*, ni por qué en otra traducción distinta de este primer canto de *Inferno*, conservada en el Escorial, se dejaban de lado estos dos vocablos y se sustituían por *monte*...

Fue en el DCEC donde encontré las razones particulares de las elecciones léxicas de un escritor del siglo XV; este diccionario cumplía así en mi estudio la función que en un trabajo de biología desempeñaba un microscopio. Sin aquél, mis tareas se hubieran reducido a alle-

gar una serie de curiosidades del tipo de las que Sánchez Moguel había señalado en santa Teresa. Con él pude, en cambio, llegar a unas claras conclusiones: comprendí así que la palabra *selva* a que me he referido antes era un cultismo, que estaba espoleado por su existencia en aragonés y en catalán; y ahí se abría una puerta interpretativa que permitía explicar por qué en esta traducción aparecían palabras como *auçell* 'ave', *estañada* (cf. cat. *stany*), *estol* 'hueste', *brega* 'pelea', *segellar* 'sellar' (cf. cat. *segell*), *escata* 'escama', *caler* 'importar', y muchas más.

Tales voces —y para ello la orientación que me proporcionaba el DCEC era decisiva— me sirvieron para mostrar que se daba en el castellano cuatrociento una gran apertura hacia la Corona de Aragón. Para demostrarlo empleé casi unos cinco años, una tercera parte del tiempo que Coromines había empleado, en las condiciones nada favorables del exilio, en escribir su diccionario.

El prodigioso esfuerzo etimológico

La obra etimológica de J. Coromines puede caracterizarse sin ninguna exageración como un grandísimo esfuerzo para presentar la historia del léxico hispánico, contando para ello con la aplicación rigurosa de esos principios del trabajo etimológico que son las leyes fonéticas y las de derivación. Se trata de reglas que no existen a causa del azar o por la conjunción de los astros, y que deben combinarse con el mismo equilibrio con que Hipócrates estimaba que se combinaban los humores en un cuerpo humano sano.

La aplicación de estos principios del trabajo etimológico, junto a una dura tarea de allegar datos filológicos y dialectales que Coromines hizo en su diccionario, ha permitido que el léxico hispánico saliera de la situación en que le había dejado Meyer-Lübke en su diccionario. Si en él parecía que las lenguas peninsulares caminaban demasiado aisladas entre sí, en la obra del filólogo catalán han salido a la luz las amplias relaciones horizontales que existen entre ellas. Por ello no nos sorprende que esa *cajueta* que aparece en *La Celestina* o los *pinjantes* y el *pectinol*, tan abundantes en los inventarios del siglo XVI, o la *buchaca*, la *toalla*, la *avilantez* y tantas voces más, las haya tomado el castellano con toda *avinentesa* del catalán... Como ha tomado tantas otras del gallego, del vasco y hasta de los dialectos hispánicos. De ahí que el paso que el sabio etimólogo quiso dar desde el diccionario castellano a uno que afrontara —todo lo provisional e insatisfactoriamente que se quiera— lo hispánico, para continuar después por el catalán, se explica, aparte de otras razones, por la necesidad de no reducir las relaciones entre las lenguas a las que se deben a su origen común, como si lo que vino después, toda su historia, no hubiese existido. Por ello, la idea de la comparación no sólo es un punto de partida metodológico en la obra de Coromines, como corresponde a la labor que realiza un reconstructor, sino que resulta además un lugar de llegada, en que se aprecia el mestizaje a que da lugar el contacto entre las lenguas y las consecuencias de ese mestizaje: la falta de pureza y el lujo que en ellas significan los préstamos.

Antes me he referido a Hipócrates para indicar metafóricamente, a través de sus ideas sobre los humores, la necesidad de un equilibrio metodológico como condición imprescindible para la propia existencia de la etimología científica. Quisiera añadir ahora que el médico griego explicaba que los alimentos por acción del calor innato eran los que generaban los humores. Aplicado a Coromines, estos alimentos serían su prodigioso conocimiento de len-

guas, capaz de amparar la comparación lingüística: alemán, inglés, ruso, árabe y, naturalmente, todas las lenguas románicas, junto a una idea profunda del léxico vasco. En cuanto al calor, sería su fortísima capacidad de relación, sustentada en una portentosa memoria; se trata de un calor que en la concepción hipocrática estaba mantenido por el neuma o aire inspirado: su imaginación.

Es la imaginación —cambiémosla por *intuición*, para despojar a la palabra de cualquier connotación problemática— una de las claves de su obra etimológica, pues su capacidad para dar con relaciones insospechadas sobrepasaba con creces el apoyo que podría haber encontrado en sus datos. Casi todo el mundo piensa que su investigación etimológica es un ejemplo del paso de la cantidad a la cualidad, como si sus resultados se fundamentaran en unos grandes ficheros; lo cual es sólo una apariencia, pues Coromines fue un viajero ligero de equipaje, que hubo de vivir de acá para allá, lejos de su patria, con sólo unos cuantos libros. La fuerza de su trabajo no se debe a la cantidad de los datos, sino a la obligada selección que tuvo que hacer de ellos, aprovechada con todo cuidado por su gran intuición. De poco hubieran servido en esta obra tantas fatigas y tan grandes conocimientos, de no haber contado el maestro con esta cualidad, fruto de la inteligencia, que es la imaginación; aunque también es preciso decirlo: en ello reside una de las debilidades de su trabajo etimológico, cuando se dedicó a caminar por la cuerda floja —y sin red— del sorotapto, del mozárabe y del vasco-iberismo. Era la barrera que nos aconsejaba no traspasar a sus discípulos, pero que él se sentía con derecho a saltar de vez en cuando, amparado en su extraordinaria experiencia.

De la persona

Llegados aquí, me atrevo a salirme fuera del título de mi contribución para terminar con unas pocas líneas referentes a la persona. Quien ha desarrollado esta gran obra, de la que no he podido trazar más que un brevísimo bosquejo, tenía una condición que sus discípulos no podremos olvidar: la absoluta despreocupación por las cosas accidentales de la vida, para consagrarse, con una total ingenuidad, a la realidad del conocimiento. No he conocido a nadie —y no creo que llegue a conocerlo nunca— que se haya dedicado con más ardor a la investigación. Ese mundo abstracto de las ideas puras en que se había situado Coromines, tras los roces de una dura realidad de guerra y exilio, tenía como único fin el conocimiento, y se concentraba en ello con una dedicación inversamente proporcional a la falta de interés que sentía por cualquier tipo de honor o distinción.

Me he referido a ese equilibrio hipocrático de humores que originan la salud. Obviamente, nadie se libra de la discrasia, de la enfermedad. Esa armonía de la ciencia pura forzosamente tuvo sus quiebras: en algunos excesos interpretativos, debidos a quererlo explicar todo, en algunos juicios sobre los demás en los que llegó a quebrarse su impecable cortesía. Pero si no siempre acertó el maestro, no hay duda de que hasta en sus equivocaciones tenemos sus discípulos donde aprender, porque en el terreno etimológico su obra es el pilar fundamental en el que durante mucho tiempo ha de asentarse la etimología hispánica; por más que la especialización progresiva que se ha dado en nuestras disciplinas haya originado que una labor como la desarrollada por él no pueda en el futuro llevarla a cabo una sola persona.

Fin

A muy pocas personas se les ha concedido toda esa clase de conocimientos que se requieren para afrontar una tarea como la que ha realizado, prácticamente solo, Joan Coromines; una tarea que no hubiera resultado fácil desarrollar ni siquiera a un gran equipo de investigadores. Aunque son también muy pocas las personas que tienen la fuerza y la valentía de no torcer nunca su camino: quien me enseñó un día que «vivir es adaptarse», porque fue capaz de adaptarse a lo que le permitía la realidad, a lo que le toleraban sus fuerzas, a lo que le animaban sus años, sabía también que todo ello no implicaba el olvido del deber ser de las cosas. Es como si con su obra etimológica hubiera querido contradecir las palabras que con otro fin ha escrito agudamente, hoy mismo, Arcadi Espada: que «cualquier aspiración de felicidad se funda en la amnesia».

José Antonio Pascual
Membre corresponent de la Secció Filològica
de l'Institut d'Estudis Catalans
i catedràtic de Llengua Espanyola
de la Universitat de Salamanca